



POR SER ASÍ

Ese verano había tomado una gran decisión, de hecho me la habían obligado a tomar todas mis amigas, o al menos las más cercanas, que son al fin y al cabo las que a la hora de la verdad importan. Siempre he sido una persona que ha mirado por los demás y que poco le ha importado demasiado su propia felicidad. Me he dedicado en cuerpo y alma a causas que me han parecido más que justas, y cuando pongo el corazón en algo lo pongo día y noche, sin condiciones, sin límites, y sin medir esfuerzos. Así de “bien” me iba todo, hasta ese día.

Con Pablo llevaba ya cuatro años de relación y, por mucho que me pesara, yo sabía que hacía ya mucho tiempo que nuestro noviazgo estaba abocado al fracaso. El chico me quería a su manera, y esas cosas que se suelen decir, pero su filosofía de vida nada tenía que ver con la mía. Le molestaba sobremanera, que yo empleara mis horas libres en esas tareas altruistas, y me lo echaba en cara a la primera de cambio. Ni que decir tiene que nunca me acompañaba en mis misiones, no colaboraba nunca en nada y se enfadaba porque decía que cualquier cosa era más importante que él.

No estaba triste por la ruptura en sí, ni porque no fuéramos a seguir juntos, aunque fuera a pasar a ser la solterona de mi grupo de amistades, sino porque creí que nunca encontraría a nadie con quien compartir mi proyecto vital y me quedaría sola para siempre.

Clara, Alba y Rocío casi me hicieron la maleta para irme con ellas a pasar ese verano al pueblecito de una de ellas, concretamente de Clara, la benjamina del grupo. Me convencieron para no embarcarme en ningún lío de los míos durante

ese mes y me plantearon ese viaje como un cambio de ciento ochenta grados en mi vida social y amorosa. Según ellas, no podía seguir con ese ritmo de vida si quería encontrar una pareja, o en su defecto algún amigo especial.

Así que allí estaba yo, en el Golf de mi amiga Alba, sentada en el asiento del copiloto, porque si no me mareo, y sumida en mis más profundos pensamientos, muy pero que muy lejos de aquella carretera nacional, de la cual no podíamos apreciar el paisaje que nos ofrecía porque ya había anochecido.

No sé si me quedé dormida, tan solo recuerdo que de repente Alba frenó y vi aquel coche en medio de la calzada con el morro destrozado y una chica rubia con un chaleco reflectante que se llevaba las manos a la cabeza y las lágrimas le caían en cascada por su rostro.

Tuve un momento de discusión conmigo misma. Justo lo que me planteé hacer o no hacer en esa situación era el motivo de mi viaje a ese pueblecito de la costa. Aún no había llegado a mi destino vacacional y ya iba a hacerlo otra vez, otra de tantas veces. No puse en la balanza de los contras que mis amigas llegarían tarde por mi culpa, ni que iban a estar preocupadas por mí en todo momento. Pedí a Alba su chaleco amarillo para emergencias en carretera y me bajé a ayudar en lo que pudiera dentro de mis posibilidades.

La imagen era atroz. La chica del coche accidentado seguía llorando, pero la consolaba otra conductora que había bajado a colaborar, dado que el accidente acababa de ocurrir y ni los servicios médicos ni la policía habían llegado al punto del siniestro. Seguí avanzando por la carretera, bordeando el coche que había quedado en sentido contrario al que circulaba, y entonces vi la moto tirada a escasos metros y al chico que la conducía en el arcén, de pie, sin casco y muy

nervioso. Otro conductor había sacado de su maletero un rollo de papel de cocina y había improvisado un cojín para que el chico se tumbara en el asfalto y apoyara su cabeza. Pedro, que así me dijo que se llamaba el chico, no paraba de caminar, tumbarse, volverse a poner de pie, y así se pasó el rato hasta que por fin logré disuadirlo para que no se levantara más.

A bastante distancia se podía observar el casco que había salido disparado, el cual llevaba puesto, y entre las piernas tenía colocado otro casco, que según me explicó llevaba en el brazo porque se dirigía a un pueblo cercano a recoger a una amiga. Por ese motivo, el brazo en el que transportaba el casco era lo que más le dolía al joven, y digo joven porque no debía tener más de 20 años muy tirando a largo. Su ropa tampoco era la más indicada para circular en moto por carretera, pero era la que llevaba y eso le ocasionó toda una serie de erosiones que le abrasaban en brazos, piernas y espalda.

Los padres del chico llegaron segundos antes que los sanitarios y la policía, que aparecieron casi a la vez, porque como supe más tarde eran personas conocidas en el pueblo y enseguida los otros conductores que se habían bajado a ayudar los pudieron localizar y alertar de la situación. Dejé que trabajaran los profesionales que estaban de guardia sin perderme ni un detalle, pues la asistencia en accidentes de tráfico es algo a lo que le tengo mucho respeto dentro de mi profesión y los admiro por la destreza que tienen en condiciones, la mayoría de las veces, inadecuadas y muy precarias, sin dejar de lado la peligrosidad añadida.

Vi como subían al chico con la camilla rígida a la ambulancia, además del collarín cervical correctamente colocado y un acceso venoso por el que

inmediatamente le habían prometido que le administrarían un calmante para todo ese dolor que le estaba sumiendo en un estado de sopor. La ambulancia se alejó, con las luces puestas y la sirena encendida, y la policía continuó su labor de regulación del tráfico y señalización, con esprays de pintura de diferentes colores para el coche y la moto.

De repente me vi perdida, sola y sin saber qué hacer. No llevaba mi teléfono y no me sabía el número de ninguna de mis amigas. Tampoco sabía dónde estaba, así que me dirigí hasta el furgón de la policía y abordé, no sin cierta vergüenza, al joven policía que estaba cogiendo unos papeles en ese momento.

—Perdona, tengo un pequeño problemilla —le dije al agente con un intento de sonrisa camuflada en medio de las luces de policía mezcladas con la oscuridad. El chico levantó la vista de la carpeta que sostenía entre sus manos y me miró esperando a que le contara el motivo de mi problema.

—No sé dónde estoy, ni dónde están mis amigas, y con las prisas por bajar a socorrer a los accidentados no he pensado en coger mi teléfono para poder comunicarme con ellas ahora. Necesito llamar para poder localizarlas, pues no sé si han avanzado con el coche o han podido esperarme en algún arcén cercano —metió la mano en su bolsillo izquierdo y me aproximó un teléfono.

—Toma, llama, es mi teléfono personal —y me quedé parada sin aceptar lo que me ofrecía. Me quedé mirando sus grandes manos, fuertes y varoniles, y eso me distrajo de coger lo que me prestaba.

— ¿Tu teléfono personal? No, hombre —rechacé de inmediato, yo que soy tan celosa de no dar nunca mi teléfono a los pacientes, para evitar posibles llamadas fuera de horas de trabajo, además de que mi número personal es eso, personal.

—No tenemos teléfono del trabajo para poder llamar, pero puedes utilizar el mío. Solo faltaría que después de bajarte y ayudar no pudieras localizar a tus acompañantes y volver con ellos para continuar con tu viaje —y entonces me fijé en sus facciones, moreno de ojos verdes. Ese había sido siempre mi ideal físico de hombre, aunque nunca hubiera tenido un novio así.

—Muchas gracias, será un segundo —pero, tal y como me entregó su móvil para que yo pudiera efectuar esa llamada, se alejó para seguir con sus tareas de señalización y registro de datos del accidente.

—Chicas, ¿dónde estáis? Ya se han llevado al chico con la ambulancia y aquí ya no hago falta —marqué mi propio número porque con los nervios era el único que podía recordar sin duda.

—Nos hemos quedado en el mismo sitio pero estacionadas en el arcén, para dejar pasar a los demás vehículos. No nos íbamos a ir de aquí sin ti, loca —y las amé más que nunca por esas palabras. Ellas jamás me dejarían en la estacada, en ningún sentido. Me lo habían demostrado a lo largo de nuestros años de amistad.

—Pues devuelvo el teléfono que me han prestado y vuelvo con vosotras — les contesté con alegría y ganas de estar con ellas de nuevo para llegar a nuestro destino veraniego.

Miré por todos lados y no supe ver dónde estaba el chico que me había prestado el teléfono y, aunque me dio pena no volver a deleitarme con su imponente físico, preferí no demorarme más y devolvérselo a otro de sus compañeros para poder reunirme lo más rápido posible con Alba, Clara y Rocío.

—Eva, eres única, ¿a quién se le ocurre bajarse de noche en una carretera para ayudar en un accidente? —me recriminó con tono cariñoso la benjamina.

—No me riñáis, por favor, y vámonos de aquí que estoy agotada y tengo ganas de pasar este mes con vosotras sin preocupaciones de ningún tipo —y ya no volvieron a decirme nada más sobre tema. Aunque en mi cabeza una imagen se repetía una y otra vez. Esa piel tostada iba a ser protagonista de más de uno de mis sueños de verano, estaba segura.

Cuando llegamos a la casita de verano, que los padres de Alba tienen, fue como un oasis para todas. Empezaban nuestras vacaciones y estábamos dispuestas a pasarlo muy bien. Las cuatro lo necesitábamos por uno u otro motivo.

Mientras nos dorábamos un poco al sol, en esa playa tan pequeña y coqueta, hice una cosa que, aunque sabía que estaba mal, no pude resistirme a llevar a cabo. Guardé el teléfono del policía y lo añadí a mis contactos para poder ver si tenía whatsapp y así poder ver su foto de perfil. Un poco de cotilleo no iba a hacer daño a nadie, y a mí me daba alas para poder alimentar mis fantasías con el morenazo. De nombre le puse Policía, para no levantar sospechas, y mi corazón empezó a latir fuerte cuando descubrí su foto con el pelo mojado y en bañador en esa misma playa en la cual yo estaba en ese momento. Vivan las casualidades, pero me muero de vergüenza si me lo encuentro aquí y ahora. No sabría ni qué decirle, aunque tampoco creo que se acordara de mí. No tengo de que preocuparme, voy a seguir tomando el sol y disfrutando de este entorno paradisíaco, aunque más tarde volveré a echar otra miradita a la foto del poli guapo para alegrarme la vista.

Me quedé dormida unos minutos y al despertar cogí mi teléfono, para ver si tenía algún mensaje nuevo, y cuál fue mi sorpresa cuando vi un whatsapp de la Policía. En un primer momento solo se me ocurrió que me multaban por algo o que me citaban para algún juicio, yo que sé, mis nervios se pusieron de punta ante las diversas opciones que acudían a mi mente, ninguna de ellas nada atractivas. Cuando al fin me decidí a leer el contenido del mensaje mi sorpresa fue aún mayor.

“Espero que no te lo tomes a mal pero creo que hemos coincidido hoy en la misma playa, y como llamaste el otro día desde mi teléfono he añadido el número a mis contactos y he podido comprobar que tú, como el resto de los mortales, solo te sabes tu número para mayor de mis suertes. Sé que no es lo correcto, pero tanta casualidad me ha animado a enviarte este mensaje. Si me bloqueas lo entenderé, no te preocupes, lo veré lógico. Por cierto, me llamo Sergio”

¿Y ahora qué debía hacer yo? Estas cosas no suelen pasarme y no tengo mucha experiencia en temas de ligoteo, por no decir casi ninguna. Estas cosas no van conmigo, seguro que si le hubiera contestado me hubiera metido en algún lío o hubiera resultado tan pavisosa que le hubiera aburrido y hecho que me bloqueara él a mí. Le bloqueé, no sin antes darle las gracias por prestarme su teléfono y disculparme por no querer seguir en contacto por whatsapp con él.

Los días pasaron alegres, soleados y relajados. Cada día estaba más contenta por haber ido hasta aquel pueblecito con mis locas amigas. Esa noche teníamos una fiesta en la playa, a la que nos habían invitado unos amigos de Clara, y prometía risas y bailes hasta el amanecer. Metí una pequeña toalla y ropa interior

de recambio en mi bolso, y me puse el bikini debajo de mi vaporoso vestido ibicenco.

Fue llegando la gente al chiringuito y la música y las bebidas fueron marchando a buen ritmo. En un momento de la noche me alejé hasta la orilla y me senté en la arena a contemplar la luna llena sobre el mar. Cuando más relajada y más sumida en mis cosas estaba, unas voces me hicieron poner en alerta. Una chica gritaba desde las rocas y señalaba al agua sin parar. No me lo pensé, esta vez no, pues el mar estaba bastante calmado y no creí que hubiera peligro alguno. Me quité rápidamente el vestido y entré corriendo en el agua para después avanzar nadando hasta donde señalaba la chica. Me sumergí y buceé hasta que toqué un cuerpo inmóvil. Pesaba mucho para mí pero entonces alguien me lo arrebató bruscamente de entre mis manos y se alejó con él hasta la orilla de la playa. Allí se hallaban ya los servicios de emergencias y, gracias al destino, el chico pudo ser resucitado con las maniobras efectivas de reanimación cardiopulmonar que le practicaron inmediatamente y trasladado posteriormente hasta el hospital, donde más tarde supe lo pudieron estabilizar con éxito y dejar ingresado en observación hasta el día siguiente por precaución.

Me alejé de allí para recuperar mi bolso, poder secarme un poco y quitarme el bikini mojado. Sin duda tenía un subidón de adrenalina que me fluía por las venas a un ritmo trepidante. Necesitaba regresar al chiringuito con mis amigas y bailar hasta la extenuación, pero una voz que reconocí al instante me frenó en mi avance y me hizo darme la vuelta con cierto temor y sonrojo.

—Sirenita, ¿vas a irte otra vez sin despedirte de mí? —era él, otra vez, era Sergio, la última persona que pensaba encontrarme esa noche.

—Me llamo Eva, y disculpa que no pudiera devolverte yo misma el teléfono el día del accidente —en sus ojos descubrí de inmediato que no me guardaba ningún rencor por eso ni por bloquearle.

—No quería molestarte pero te vi ahí tan sola sentada mirando el mar que me quedé hipnotizado observándote. Cuando quería acercarme y saludarte saliste corriendo, te metiste en el agua y empezaste a nadar como un tiburón mako, y fue cuando temí por ti. Te seguí al agua porque no era normal que alguien hiciera algo así, pero al llegar hasta donde habías llegado vi que de nuevo estabas ayudando a alguien, como el día que nos conocimos —él era la persona que me había ayudado en el rescate del chico. Cada vez me gustaba más Sergio, irremediablemente me estaba empezando a quedar pillada por él.

—Soy así. No puedo ver algo que necesite de mi ayuda y quedarme sin hacer nada —le expliqué excusándome y bajando la mirada hasta la arena.

—Precisamente por ser así es por lo que más me gustas, Eva —y mi corazón brincó, bailó y latió al ritmo de la música que sonaba desde nuestros corazones.

Volví muchas veces más al pueblecito de mi amiga, pero Sergio también viajó hasta mi ciudad otras tantas para podernos conocer más y más hasta convencerme de mil y una maneras que estábamos predestinados él uno al otro, y que el amor se puede encontrar en cualquier sitio, en cualquier momento, pero siempre siendo uno mismo, porque eso es algo contra lo que no deberíamos luchar nunca.